

PEDRO CALDERÓN
DE LA BARCA

LA EXALTACIÓN
DE LA CRUZ

B I B L I O T E C A Á U R E A H I S P Á N I C A



COMEDIAS COMPLETAS
DE CALDERÓN XXVII

Edición de
Ignacio Arellano

Dirección de Ignacio Arellano
(Universidad de Navarra, Pamplona)
con la colaboración de Christoph Strosetzki
(Westfälische Wilhelms-Universität, Münster)
y Marc Vitse
(Université de Toulouse Le Mirail/Toulouse II)

Consejo asesor:

Patrizia Botta
Università La Sapienza, Roma
José María Díez Borque
Universidad Complutense, Madrid
Ruth Fine
The Hebrew University of Jerusalem
Edward Friedman
Vanderbilt University, Nashville
Aurelio González
El Colegio de México
Joan Oleza
Universidad de Valencia
Felipe Pedraza
Universidad de Castilla-La Mancha, Ciudad Real
Juan Luis Suárez
The University of Western Ontario, London

Edwin Williamson
University of Oxford

Biblioteca Áurea Hispánica, 149

Comedias completas de Calderón, 27

PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

LA EXALTACIÓN DE LA CRUZ

EDICIÓN DE IGNACIO ARELLANO

Iberoamericana • Vervuert • 2022

La publicación de este volumen de «Comedias completas de Calderón» se enmarca en los proyectos del Grupo de Investigación Siglo de Oro (GRISO) de la Universidad de Navarra y del Grupo de Investigación Calderón (GIC) de la Universidade de Santiago de Compostela.



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Reservados todos los derechos

© Iberoamericana, 2022

Amor de Dios, 1 - E-28014 Madrid

Tel.: +34 91 429 35 22 - Fax: +34 91 429 53 97

© Vervuert, 2022

Elisabethenstr. 3-9 - D-60594 Frankfurt am Main

Tel.: +49 69 597 46 17 - Fax: +49 69 597 87 43

info@iberoamericanalibros.com

www.iberoamericana-vervuert.es

ISBN 978-84-9192-260-5 (Iberoamericana)

ISBN 978-3-96869-255-5 (Vervuert)

ISBN 978-3-96869-256-2 (e-Book)

Depósito Legal: M-3321-2022

Cubierta: Carlos Zamora

*Para Enrica Cancelliere y don Renato, en testimonio de
admiración y amistad*

ÍNDICE

LA EXALTACIÓN DE LA CRUZ. ALGUNAS CONSIDERACIONES GENERALES

Un problema secundario. La exaltación y el triunfo de la cruz: títulos y texto de la comedia

Aromas de leyenda

El debate religioso y la dimensión doctrinal

Aspectos de la puesta en escena

BREVES GLOSAS A LA ACCIÓN

NOTAS TEXTUALES A *LA EXALTACIÓN DE LA CRUZ*

El manuscrito

Los impresos

Texto base

BIBLIOGRAFÍA

TEXTO DE LA COMEDIA

VARIANTES

ÍNDICE DE NOTAS

LA EXALTACIÓN DE LA CRUZ ALGUNAS CONSIDERACIONES GENERALES

UN PROBLEMA SECUNDARIO. LA EXALTACIÓN Y EL TRIUNFO
DE LA CRUZ: TÍTULOS Y TEXTO DE LA COMEDIA

Un interrogante secundario (secundario respecto del significado de la comedia) afecta a su identificación o posible correspondencia con un texto titulado *El triunfo de la cruz*. Sucede que en las listas de comedias de Calderón, como la enviada al duque de Veragua, no consta el título de *La exaltación*, pero sí *El triunfo de la cruz*, cuyo texto se desconoce. ¿Hay dos comedias con sendos títulos, una de las cuales —*El triunfo*— está perdida? ¿Existe una confusión en el título o títulos de una sola comedia? García-Reidy ha recogido los principales detalles del estado de la cuestión, y me limito ahora a citar su reseña, a la que después añadiré unas breves observaciones:

La existencia de una comedia titulada *El triunfo de la cruz* es problemática. Este título figura en las listas preparadas por Calderón para Carlos II y el duque de Veragua, y lo recoge también Vera Tassis. Kurt y Roswitha Reichenberger consideran que es una obra diferente a *La exaltación de la cruz*, con la que se ha identificado, y lo mismo ha argumentado Erik Coenen. Germán Vega García-Luengos, por el contrario, duda que se trate de comedias diferentes. En CATCOM tenemos documentada una sola

noticia de representación en el siglo xvii de una comedia identificada con el título *El triunfo de la cruz*: se representó los días 27 y 28 de noviembre de 1683 en el patio de comedias de Valladolid por parte de la compañía de Matías de Castro. Resulta que la misma formación había hecho una representación particular en el Alcázar de Madrid el 5 de julio de 1683 de *La exaltación de la cruz* de Calderón, lo que induce a pensar que la obra representada en Valladolid menos de cinco meses más tarde sería la misma obra calderoniana. Estos datos apuntarían a que *La exaltación de la cruz* circulaba por los escenarios españoles bajo el título alternativo de *El triunfo de la cruz*, lo cual, unido al hecho de que catálogos clásicos como los de Fajardo, Medel del Castillo, García de la Huerta o Arteaga no recojan *El triunfo de la cruz* como obra de Calderón, constituye otro indicio en contra de la existencia de una comedia con este título diferente de *La exaltación de la cruz*.¹

Más adelante, en el párrafo 14 de la versión en línea de su artículo citado, y en relación a la fecha posible de la comedia, escribe el estudioso sobre «ciertas noticias de representación de *La exaltación de la cruz*»:

Cotarelo y Mori situó el estreno de esta comedia en palacio en 1648, afirmación que ha recogido la crítica posterior, aunque carecemos de documentación teatral que confirme esta datación para el estreno. Stein, y tras ella Kurt y Roswitha Reichenberger, han afirmado también que *La exaltación de la cruz* fue representada en Madrid en octubre o noviembre del año siguiente por la compañía de Sebastián García de Prado o de Diego Osorio. Sin embargo, esta noticia de representación de 1649 es probablemente una noticia fantasma. En primer lugar, porque Sebastián García de Prado no era autor de

comedias en 1649, sino que muy posiblemente formaba parte de la compañía de su padre, Antonio García de Prado. Sebastián no pasó a dirigir una formación hasta varios meses después de la muerte de su padre dos años más tarde. En 1649, las compañías que representaron en Madrid fueron las dirigidas por el mencionado Antonio García de Prado y Diego Osorio. Una de ellas representó *La exaltación de la cruz* en uno de los corrales madrileños entre el 23 de junio y el 29 de septiembre, pero no la comedia de Calderón, sino un auto sacramental homónimo, de autor desconocido, que era ya un auto viejo en esa fecha. Este auto titulado *La exaltación de la cruz* fue una de ochenta y tres representaciones de autos en los corrales madrileños en el verano de 1649: el motivo es que seguía vigente la prohibición de representar comedias que se había instaurado desde Carnaval de 1646 a raíz de la muerte del príncipe Baltasar Carlos y, para que las compañías pudieran sobrevivir económicamente, en 1648 y 1649 se les había autorizado a representar en los corrales durante el verano, pero con la condición de que hicieran solo autos sacramentales. La hipótesis de que en el otoño de 1649 Antonio García de Prado o Diego Osorio representó la comedia religiosa de Calderón *La exaltación de la cruz* es una contaminación producida por la representación del auto homónimo: hay que esperar hasta 1662 para encontrar la primera noticia de representación de la obra calderoniana fundamentada documentalmente.²

Apuntadas las circunstancias y datos precedentes, cabe subrayar que con los datos actuales solo disponemos del texto de una comedia, cuyo título es indubitablemente *La exaltación de la cruz*, título que corresponde a la trama, argumento y tema de la pieza conocida, que no tienen nada que ver con el asunto de

«el triunfo de la cruz». Es muy poco verosímil la sugerencia de García-Reidy de que «los datos apuntarían a que *La exaltación de la cruz* circulaba por los escenarios españoles bajo el título alternativo de *El triunfo de la cruz*», porque es prácticamente imposible que en el Siglo de Oro estos dos títulos pudieran aplicarse a una sola y la misma comedia. Lo que sí pudo haber sucedido es que al recoger en las diversas listas u otras referencias el título de la obra, por un lapsus y confusión entre *exaltación/triunfo* se produjera alguna vez la equivocación en el título mismo³, circunstancia que solo podría mantenerse en el caso de no acceder al texto de la obra, y que incitaría a algún estudioso a pensar en la existencia de dos comedias distintas.

Pero si se lee el texto de *La exaltación de la cruz* resulta imposible atribuirle el título alternativo de *El triunfo de la cruz*, por la sencilla razón —curiosamente no aducida en lo que se me alcanza por los estudiosos modernos— de que se trata de dos historias distintas, recordadas y celebradas en dos importantes fiestas distintas, que ningún escritor, lector o espectador del siglo XVII podría confundir. Solo cabría la confusión de títulos en listas o menciones, pero la confusión se desvanecería en cuanto se comprobara el texto de la obra. En último extremo cabría también pensar en que hubiera habido una comedia de *El triunfo de la cruz* — hoy desconocida—, que en todo caso sería distinta a *La exaltación de la cruz*.

El triunfo de la cruz, fiesta que se celebra el 16 de julio, recuerda la victoria cristiana en la batalla de las Navas de Tolosa. Hay abundantes versiones y relatos

del triunfo y comentarios de la fiesta, manuscritos e impresos, desde la Edad Media hasta los libros de *flores sanctorum*, como el famoso de Pedro de Ribadeneira, entre otros muchos textos⁴. La extensión y conocimiento general de esta fiesta hace impensable que se pudiera confundir con el asunto de la exaltación de la cruz, que corresponde a otra fiesta celebrada el 14 de septiembre, y que evoca la recuperación de la santa cruz capturada por el persa Cosdroes y recuperada por el emperador Heraclio, que es el argumento de la comedia aquí editada, y que comentaré enseguida.

AROMAS DE LEYENDA

La *Leyenda dorada* de Jacobo o Santiago de la VoráGINE, a propósito de la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, recoge dos versiones distintas; Calderón a la hora de elaborar la trama de su comedia sigue primeramente la segunda versión —con algunas adaptaciones de interés dramático— para lo referido a la guerra de Cosdroas y Heraclio, y luego se inspira en la primera para el motivo de la entrada en Jerusalén del desenlace. Esto es lo que se puede leer en la *Leyenda dorada*, según lo que cuentan «algunas crónicas»⁵:

Cosroas, al ocupar con sus tropas todos los reinos de Jerusalén, se apoderó del patriarca Zacarías y de la Santa Cruz. Heraclio trató de hacer las paces con Cosroas, pero este le contestó diciéndole que solo se avendría a firmar la paz con los romanos si estos renegaban del Crucificado y adoraban al sol. Ante semejante respuesta Heraclio, lleno

de santo celo, se lanzó contra los persas, al frente de un poderoso ejército, devastó muchas de las regiones dominadas por ellos y obligó a huir a Cosroas, que se refugió en Ctesifonte. Poco después de esto Cosroas enfermó de disentería y decidió coronar como rey a su hijo Medasa, pero cuando otro hijo suyo, precisamente su primogénito, que se llamaba Syrois, se enteró de lo que su padre pretendía hacer, se apoderó de este con la ayuda de varios nobles que estaban de su parte, lo encarceló y se alió con Heraclio. Syrois, después de haber hecho comer a su padre el pan de la tribulación y beber el agua de la angustia, ordenó a unos ballesteros que lo mataran y cuando Cosroas fue muerto, liberó al patriarca Zacarías y a los demás cristianos que su padre había mandado encarcelar, y entregó a Heraclio la Santa Cruz. Heraclio se hizo cargo de la preciosa reliquia, la llevó a Jerusalén y posteriormente la trasladó a Constantinopla. (*La leyenda dorada*, II, p. 587)

En la versión que recoge primero la *Leyenda dorada* Heraclio no puede entrar en Jerusalén cuando lo intenta con todo su boato, porque las piedras de la puerta se desmoronan. Un ángel aparece y le recuerda que Cristo entró de manera mucho más humilde, así que Heraclio, arrepentido, descabalga, se despoja de sus vestiduras imperiales, y entra con el trozo rescatado de la Santa Cruz:

con ocasión del traslado a Jerusalén de la santa reliquia ocurrió lo siguiente: El rey, vestido con sus atuendos imperiales y cabalgando sobre su regio corcel, descendió por la ladera del Monte Olivete y llegó a la puerta por la que el Señor unos días antes de su Pasión había entrado en la ciudad; mas he aquí que cuando el emperador se disponía a pasar por la dicha puerta, las piedras que

formaban el arco de la portada se desmoronaron y por sí mismas formaron una especie de muro [...] apareció un ángel del Señor enarbolando en sus manos una cruz y diciendo: Cuando el rey de los cielos, poco antes de su Pasión entró por esa puerta, no lo hizo con regio boato, sino modestamente, montado sobre un borriquillo [...] El emperador, entonces, llorando de emoción se apeó de su cabalgadura, se descalzó, se despojó de sus vestiduras imperiales [...] el muro que momentos antes le cerrase el paso se desvaneció... (*Leyenda dorada*, II, pp. 586-587)

En la transmisión de la leyenda, según los distintos relatos, se añaden detalles, se aducen nombres y sucesos, etc. Bastante cerca de los detalles de la trama calderoniana está la versión de Pedro de Ribadeneira en su *Flos sanctorum* (14 de septiembre), que me permitiré citar con algún detalle: Cosdroas, cuenta,

vino sobre la santa ciudad de Jerusalén, y la tomó y saqueó y mató en ella, a lo que escriben, ochenta mil personas, y llevó consigo preso y cautivo a Zacarías, patriarca de Jerusalén y excelente prelado, y a otro gran número de gente [...] tomó el madero de la cruz de Jesucristo Nuestro Redentor, que Santa Elena, madre del emperador Constantino, había dejado en Jerusalén, y le llevó a Persia [...] Como Heraclio vio los daños de su imperio, y sus pocas fuerzas y las muchas de su enemigo, acordó de pedirle paces o treguas y hacerlas aunque fuese con condiciones afrentosas [...] Mas Cosdroas estaba tan insolente con su gran poder y con las victorias que había alcanzado que no quiso admitir plática alguna de concierto, sino con condición que el emperador Heraclio renegase de la fe de Jesucristo. Entonces el emperador se volvió de corazón a Dios y tomando gran confianza en Él [...] determinó de juntar ejército y pelear con el enemigo

[...] su esperanza no estribaba en la gente y fuerzas que llevaba, sino en la misericordia del Señor y en su intercesión y patrocinio de su bendita madre [...] Heraclio, volviéndose a Dios, le pidió socorro, por intercesión de la Virgen sacratísima, y Él se le dio, de manera que luego súbitamente se levantó un viento muy recio, con grande lluvia y granizo, que a los imperiales daba en las espaldas y a los persas en los ojos, con lo cual en muy breve fueron rotos y vencidos [...] Cosdroas [...] nombró por rey igual suyo a su segundo hijo, llamado Medrases, no haciendo caso de Siroes, su hijo mayor y de más ánimo y discreción. De lo cual Siroes hizo tan gran sentimiento que determinó quitar el reino y la vida al padre y al hermano, por la injusticia que se le había hecho. Así lo hizo y asentó paces con el emperador Heraclio y le restituyó todas las tierras que su padre había tomado del Imperio [...] y cumplió otras muchas condiciones muy honrosas y provechosas para el emperador. Pero la más principal fue el entregarle la santa cruz que tenía en su poder, y al patriarca de Jerusalén, y a los demás cautivos cristianos, que eran muchos [...] El emperador Heraclio [...] entró en la ciudad con ella, llevándola sobre sus hombros, con la mayor pompa y solemnidad que se puede imaginar, pero sucedió una cosa maravillosa en este triunfo del emperador, que llegando a la puerta de la ciudad con la cruz, paró, y queriendo ir adelante, no pudo moverse [...] Iba al lado del emperador el patriarca Zacarías [...] y avísole que por ventura era la causa de aquel milagro tan extraño el llevar la cruz por aquel camino por donde Cristo Nuestro Señor la había llevado con muy diferente traje y manera que el Señor la llevó [...] Pareció a Heraclio que Zacarías tenía razón; vistiose un vestido vil, quitose la corona de la cabeza y con los pies descalzos pudo proseguir con la procesión hasta poner la sacrosanta cruz en el mismo lugar de donde Cosdroas la había quitado (*Flos sanctorum*, vol. 5, pp. 71-75)

Otro elemento de la trama recoge igualmente una leyenda hagiográfica, esta relativa al personaje de Anastasio, que se construye sobre la historia de San Anastasio el Persa, narrada por el mismo Ribadeneira en el texto correspondiente al 22 de enero, fiesta del santo. Señala que entre los efectos maravillosos que hizo la santa cruz cautivada por Cosdroas, uno fue la conversión de muchos gentiles, entre ellos Anastasio, «persa, que en su lengua antes se llamaba Magudad, hijo de un hombre llamado Bau, que era grande hechicero y nigromántico, y tenía escuela de ello, y muchos discípulos engañados, que le oían y creían, y su mismo hijo era uno de ellos, y tan ejercitado en el arte mágica, que competía con su mismo padre»:

vínole curiosidad de hablar con algún cristiano y preguntarle cómo había bajado Dios del cielo, cómo se había hecho hombre, cómo había sido crucificado y después había tornado a subir al cielo, y oyendo la razón que le daba del misterio de nuestra redención iba edificando poco a poco su ánimo y disponiendo la tierra de su corazón para recibir la semilla de la fe [...] dejando la milicia se juntó con algunos cristianos y vino a la ciudad de Hierápoli donde asentó con un platero que era persiano y cristiano [...] Rogole al platero que le hiciese bautizar [...] se determinó ir a Jerusalén. Allí recibió el agua del bautismo y trocó el nombre de Magudad en el de Anastasio (vol. 1, pp. 362-368)

Sigue relatando Ribadeneira las piadosas acciones de Anastasio, hasta que parte para Cesarea de Palestina, donde lo cogen preso y someten a torturas y vejaciones para que reniegue de su fe. Resultando

vanas todas las presiones lo envían a Persia, donde recibe gozosamente el martirio.

Calderón maneja todos estos materiales disponiéndolos según sus objetivos dramáticos. Recoge algunos elementos de las leyendas, y organiza los componentes de su obra según criterios de conflictos binarios en la mayor parte de la trama: dos hijos de Cosdroas (Menardes y Siroes) enfrentados tanto en su carácter como en su actuación; dos reyes, Cosdroas y Heraclio, el pagano y el cristiano, enfrentados en una guerra de matices religiosos con dos momentos contrarios (triunfo de Cosdroas, triunfo de Heraclio, con elaboración del motivo de la Fortuna voltaria...); dos sabios, Anastasio y Zacarías, pagano y cristiano, que desarrollan un debate teológico, que conduce a la conversión de Anastasio. Añade otros elementos significativos, más propios del género teatral palatino, como los motivos amorosos en el personaje de Clodomira, que despierta el amor de Siroes⁶, etc.

Respecto de las fuentes exactas⁷ que pudo manejar Calderón creo que los detalles básicos pudo extraerlos de cualquiera de las que tenía a su disposición, como la citada de Ribadeneira, u otras muchas posibles. La adaptación de los datos recogidos a los objetivos de su drama es el trabajo poético que más nos puede interesar.

EL DEBATE RELIGIOSO Y LA DIMENSIÓN DOCTRINAL

Una de las adaptaciones fundamentales que realiza Calderón es la de hacer coincidir Anastasio y Zacarías, modificando los datos de la leyenda piadosa de tal manera que el primero recibe el bautismo de manos del segundo, y no durante una estancia en Jerusalén después de haber trabajado como platero en Hierápoli con un persa cristiano. Lo que le interesa a Calderón, sin duda, es establecer el debate teológico entre ambas posturas, la de Anastasio, que representa en principio el paganismo y la magia, y la de Zacarías, representante de la fe verdadera y la verdadera ciencia de Cristo, que anula la de los nigromantes y genios diabólicos convocados por la hechicería. De ahí que elabore la controversia entre ambas perspectivas y personajes, esquema que responde además a la general simetría antitética que organiza la comedia entera. En este caso particular, dado que Anastasio está destinado a convertirse al cristianismo y terminar como un santo mártir, la controversia discurre por unos territorios de cordialidad y comprensión, preparados desde el comienzo por la búsqueda de la verdad que preocupa a Anastasio, personaje muy lejos del fanatismo y la violencia irracional, y ejemplo — como otros calderonianos, tal el Cipriano de *El mágico prodigioso*, pongo por caso— del sabio que investiga la verdadera ciencia, y que termina descubriéndola — como no podía ser menos— en la fe de Cristo.

En efecto, una parte importante de la comedia estriba en los debates teológicos, que a veces dan a la obra la apariencia de un auto sacramental. La relevancia de estos pasajes me ha inclinado precisamente a considerar texto base para la presente

edición el manuscrito en el que se conservan, y no las ediciones, en las que dichos pasajes han sido reducidos sustancialmente, sin duda con el objetivo de aligerar su representación escénica⁸.

Si algunos antropólogos modernos han encontrado a veces dificultades para delimitar magia⁹ y religión, no ocurre lo mismo con los tratadistas y poetas barrocos: establecen una oposición clara y sistemática entre la magia, por un lado, y la religión y razón por otro. La magia es el territorio de lo irracional, de las causalidades arbitrarias, y por lo mismo, es en el fondo una falsa sabiduría, una modalidad de ignorancia esencial; la ciencia verdadera, la razón, son aliadas de la religión: la razón conduce a la fe y rechaza a la magia.

Así, en *La exaltación de la cruz*, Anastasio sale vestido de pieles en una gruta situada en el intrincado laberinto de un bosque, elementos de vestuario y entorno natural que en principio simbolizan un estadio espiritual salvaje e irracional, pero que adquieren una dimensión ambigua, mixta entre negativa y positiva, según comentaré enseguida. Anastasio, en un primer momento de la obra, aunque entregado a la búsqueda de la verdad, se mantiene aún en el terreno de las hechicerías diabólicas. A petición de los príncipes de Persia invoca los espíritus, y hace elevarse dos peñascos con los príncipes encima, para que vean las lejanas batallas del rey su padre. Estas mágicas visiones y portentos fallan ante la aparición de la santa cruz, visión que deja atónito a Anastasio, y le mueve a insistir en su deseo de hallar una ciencia

superior a la que le proporcionan las prácticas de la magia (vv. 331-344):

Cosdroas, rey persa, pagano, ha cogido prisionero a Zacarías, el guardián de la cruz, y lo entrega como esclavo a Anastasio. Entre los dos se entabla un duelo filosófico en el que Zacarías defiende que Cristo es la ciencia de las ciencias, y opone la teología (ciencia verdadera) a la magia de Anastasio (ciencia falsa), con amplias argumentaciones que revisan las disciplinas mágicas para negarlas, como artes diabólicas que son.

Anastasio queda convencido y se convierte, entre nuevos prodigios en los que ángeles con espadas de fuego pelean contra los paganos y sus magias: Cosdroas pretende pelear «hechizo a hechizo», sin percatarse de la diferencia de ambos tipos de prodigios:

Pues contra mí se han valido
los cristianos de sus artes
y ves que a ellos no ha podido
ofenderles la tormenta
y que valientes y altivos
con sus hechizos nos vencen,
peleemos hechizo a hechizo. (vv. 2167-2173)

La victoria del cristianismo y de la cruz es inevitable. La apoteosis espectacular del desenlace, con ángeles voladores que caminan sobre nubes, montañas que se abren, apariencias de altares suntuosos y música de chirimías, pertenecen ya al clima neto de la comedia de santos y a la escenografía del auto sacramental.

ZACARÍAS No lloro yo en este estado la infelicidad que tengo, sino la causa que he dado para tenerla pues es castigo de mis pecados, pues si no fuera por ellos ni mi Dios en ese sacro leño muriera, ni él a Persia viniera esclavo.

ANASTASIO Ven acá, ¿tú no confiesas que murió?

ZACARÍAS Sí.

ANASTASIO Luego es falso decir que es Dios quien no es inmortal.

ZACARÍAS No es, porque es llano que no murió en cuanto Dios.

ANASTASIO ¿Pues en cuanto murió?

ZACARÍAS En cuanto hombre no más.

ANASTASIO ¿Dios y hombre no implica?

ZACARÍAS No, que tomando nuestra carne, fue hombre y Dios.

ANASTASIO Ni lo entiendo, ni lo alcanzo.

[...]

Varias ciencias he estudiado, varios libros he leído, y ni en ellas ni ellos hallo que pueda un Dios ser pasible en la multitud de tantos como las gentes adoran de quien el nombre ha tomado la gentilidad.

ZACARÍAS Estudia en el libro soberano de la ciencia de las ciencias: verás misterios más altos.

ANASTASIO Aguarda, ¿libro hay alguno en el mundo intitulado ciencia de ciencias?

ZACARÍAS No es libro materialmente tomando el nombre, sino un supuesto tan grande, tan docto y sabio que es capaz de todas ciencias.

ANASTASIO ¿Quién es? Que ese voy buscando.

ZACARÍAS Cristo.
[...]

ANASTASIO Ven conmigo, que en habiendo oído todos tu
engaños en ellos te he de argüir, probándote
que los altos dioses son más verdaderos.

ZACARÍAS Yo probaré que son falsos.
[...]

ANASTASIO Y cree, esclavo...

ZACARÍAS Y cree, Anastasio...

ANASTASIO ...que yo te he de hacer gentil.

ZACARÍAS ...que yo te he de hacer cristiano. (vv. 984
1064)

La colocación al final del acto de este pasaje, en una posición privilegiada, es significativa. El comienzo del acto segundo reanuda el debate, después de una escena introductoria en la que el gracioso Morlaco se burla de Zacarías. Anastasio mantiene, en cambio, una actitud amistosa con el cautivo, y prosigue su indagación teológica acerca de Cristo, «ciencia de las ciencias» (v. 1176), exponiendo sus dudas sobre puntos esenciales de la doctrina católica: el misterio de la Trinidad (vv. 1185-1197), la unión hipostática (vv. 1199-1203), el misterio de la redención restauradora del pecado original (vv. 1204-1209), o las apropiaciones de las personas de la Trinidad, cuestión de la que se ocupa en detalle Santo Tomás en la *Suma teológica*, I, 33-38: al Padre se atribuye el Poder, al Hijo la Sabiduría y al Espíritu Santo el Amor, como explica Zacarías a Anastasio, que se sorprende:

dando

es astrólogo y músico —a su voluntad y según sus disposiciones se mueven los astros y engendran la maravillosa música de las esferas—; y por razones semejantes es Dios el mayor geómetra, pintor, gramático o arquitecto...

Anastasio se sorprende de que Zacarías no mencione las que hasta ahora el persa consideraba las ciencias más sabias, es decir, las prácticas de la magia y sus variedades, pero el patriarca denuncia esas ciencias supuestas como artes diabólicas:

ZACARÍAS Como no están en Dios esas, ni esas ciencias.

ANASTASIO ¿Pues qué serán, si el serlo me niegas?

ZACARÍAS Unos diabólicos artes dignos que él lo aborrezca.

ANASTASIO ¿Cómo diabólicos? ¿Pues los espíritus (¡qué pena!) que los obran no son genios de los dioses, a quien fuerzan caracteres y conjuros para hacer por su obediencia cosas sobrenaturales?

ZACARÍAS Genios son, mas considera que son los dañados genios que opuestos a Dios intentan competir con sus milagros valiéndose de apariencias fantásticas que lo ausente o futuro representan por conjeturas, formando

en agua, fuego, aire y tierra
vagos fantasmas... (vv. 1312-1333)

El debate resulta de nuevo interrumpido, esta vez por la presencia de Cosdroas —atraído por las voces que da Anastasio, arrebatado por las implicaciones que suponen las palabras de Zacarías—, y por el anuncio de que el ejército de Heraclio está cerca.

El tercer acto trae consigo la profesión de fe de Anastasio, convencido por las palabras de Zacarías, y decidido, si es preciso, al martirio por declarar sus nuevas creencias:

ANASTASIO Ciencia más divina y alta de su Dios.

COSDROAS ¿De su dios?

ANASTASIO Sí,
que es en quien solo se hallan
saber, amor y poder:
poder, pues oprime y ata
los espíritus que genios
de los dioses se acobardan
en presencia suya; amor,
pues favorece y ampara
a los suyos cuando más
rendidos su nombre aclaman,
y saber, pues a pesar
de sombras y de fantasmas
cuando su causa fallece
sabe volver por su causa. (vv. 2312-2327)

Se habrá advertido en la densidad de las argumentaciones doctrinales un cierto aire de auto, aspecto que subrayan otros pasajes cantados y